

JAIME GUZMAN

Reconciliación: sentido y alcances

La reconciliación es un concepto que encuentra hoy en Chile la más amplia y explicable acogida. El riesgo de una espiral de violencia, atizada por odios o fanatismos de variado signo, emerge como una amenaza muy real para el mayoritario anhelo de desarrollar cauces de convivencia pacífica en nuestra patria.

Por lo mismo, siguiendo la sentencia clásica de que "lo pésimo es la corrupción de lo óptimo", resultaría de sumo peligro malentender el sentido y las exigencias de un auténtico esfuerzo reconciliador.

Ahora bien, creo que nadie podría haber abordado el tema con mayor autoridad que el cardenal Fresno, adalid de la reconciliación entre los chilenos. He ahí la trascendencia de su reciente homilía en el tedéum de fiestas patrias.

La reconciliación busca que los hombres nos sintamos hermanos y actuemos como tales. Pero ello es un efecto que no puede obtenerse sino a partir de la causa capaz de producirlo. Y la fuente de la hermandad entre los seres humanos proviene de nuestra común paternidad divina. No tendría fundamento proclamar que los hombres somos hermanos, sin reconocer que ello deriva de que Dios es nuestro Padre.

Como lo señala el cardenal Fresno, muchos intentos por plasmar la hermandad entre los hombres "han resultado fallidos, y la razón fundamental de esos fracasos ha sido el desconocimiento u olvido de que los hermanos se reconocen por su referencia a un padre común". Y agrega que "rechazando a Dios, rompiendo con El o excluyéndolo, al menos implícitamente de sus proyectos de vida, el hombre prepara su rechazo y exclusión del hombre, la ruptura de su relación fraterna".

De ahí deriva el cardenal Fresno que "negando a Dios, la criatura humana comete un acto suicida" y que "reconciliarse es, entonces, ante todo, volver a Dios", siendo así la reconciliación "una tarea profundamente religiosa".

Desde tal perspectiva, fluye evidente que sólo pueden ser verdaderos agentes



reconciliadores quienes creen en Dios y buscan seguir Su voluntad o quienes, sin haber recibido el don de la fe, procuran obrar con recta conciencia a partir de los principios morales inscritos en la naturaleza misma del hombre; es decir, de la ley natural.

Ciertamente que unos y otros requeriremos siempre de un constante arrepentimiento y espíritu de enmienda por nuestros quebrantos a esa voluntad de Dios o a esa ley natural, que conllevan todos nuestros pecados o faltas morales. Pero la misericordia del Padre común que nos perdona, nos permite ser nuevamente —tras cada conversión semejante del alma— factores de unidad eficaz entre los hombres.

Muy distinto es, en cambio, el caso de quienes pretenden "ser fuertes sin Dios o, incluso, contra Dios", como previene el cardenal Fresno. De allí que urja tener presente que con doctrinas como el marxismo no cabe reconciliación posible. Lo impide su ateísmo radical, militante, proselitista y agresor. Y también lo imposibilita su enfoque de la sociedad como el escenario de una lucha irreductible entre clases antagónicas.

Como ha creído oportuno explicitarlo el propio cardenal, "es necesario enfatizar que ideologías y metodologías dialécticas, que equivocadamente propician el conflicto como motor del progreso histórico, no pueden reclamar inspiración evangélica o cristiana... ni mucho menos pretender ser intérpretes y promotoras del bien de la patria". Y es que, además, "erigida en dogma y escogida como método, la violencia no hace patria sino esclavos".

El marxista siempre tendrá derecho a ser respetado en su dignidad de ser humano. Asumir eso encierra un deber para todo cristiano. Pero mientras no abandone esa doctrina, jamás un marxista podrá ser artífice de la reconciliación que impulsa la Iglesia y que Chile tanto necesita.

violencia interna. Yo no estoy tan seguro de si la solución pasa por un reglamento de disciplina o no.

—¿Y la solución no estaría, quizás, en eliminar a los elementos violentistas por la vía de la exigencia académica?

—Como educador y especialista en educación, me resisto un poco a usar medios académicos para solucionar problemas disciplinarios. Creo que así estaríamos, en cierto modo, cayendo en el juego de la gente violenta que está usando métodos que no son propios para mostrar su descontento. Creo que si la autoridad está pidiendo una cierta honestidad en el actuar, debe hacer lo mismo. Ahora, todas aquellas personas que no tienen un rendimiento mínimo y que en algún momento caen en las normas curriculares debiendo dejar la universidad, bueno, la dejan.

—Frente a la violencia en la universidad, ¿qué papel cree usted que deben desempeñar las autoridades universitarias?

—Yo creo que esta situación tiene una salida, pero no debe ser solamente el rector quien rechace a los elementos violentistas. No creo en la fórmula de oponerse a ellos con las mismas armas, porque entraríamos en una situación de la cual es muy difícil salir. Pienso que, de alguna manera, toda la comunidad universitaria debe tomar conciencia de que rechazándolos categóricamente podemos llegar a aislarlos y, una vez conseguido esto, dejarán de tener el público que tienen.

—El hecho de que su predecesor no haya sido rector-delegado y usted sí lo sea, ¿podría ser interpretado como un retroceso en el proceso de normalización de la vida universitaria?

—El problema no está en el hecho de que alguien sea un rector-delegado o no y creo que así lo ha tomado gran parte de los académicos de la universidad. El punto es quién está detrás del nombre. Yo no lo interpreto como un retroceso, principalmente porque tengo una idea clara de qué es lo que debe ser el manejo de la universidad. Hasta el momento —llevo quince días, lo que es muy poco como para sacar una conclusión—, creo que hay una posibilidad bastante clara de un manejo independiente de esta casa de estudios.

—¿Cuál ha sido la acogida que ha tenido su nombramiento?

—Me parece que tanto los académicos como los alumnos lo han tomado como la posibilidad de lograr un consenso. He tenido largas conversaciones, tanto con la Federación de Estudiantes como con la Asociación Gremial de Académicos. Diría que están un poco a la expectativa, pero con una actitud más positiva que negativa. No pretenden firmarme un cheque en blanco, pero tampoco pretendo hacerlo yo con ellos.

I.L.C. ■